

México. Scott, explicando á su gobierno el estado de defensa en que encontró la Capital, termina con estas precisas palabras: á la proteccion de Dios debimos no mas haber salido tan bien de la empresa. Mas ¿qué valen las mejores combinaciones ni todos los esfuerzos humanos contra los decretos del destino? . . . . A esos invasores afortunados estábales reservado el oro de la California y á los mexicanos el intortunio.

A la suspension de armas siguió el nombramiento de la comision mexicana compuesta de los señores don José Ramon Pacheco, General don José J. Herrera, Lic. D. Bernardo Couto y el General don Ignacio Mora y Villamil.

Las dos comisiones, despues de varias conferencias y de pláticas dilatadas, nada acordaron. Las pretensiones exageradas del gobierno de Washigton escandalizaban; no les satisfacía la vasta provincia de Texas en sus límites conocidos sin indemnizacion alguna, querian, ademas, el dilatado territorio de Nuevo México y toda la Alta California, media República por quince millones de pesos *sine qua non*.

Consiguientemente las hostilidades continuaron sin tregua, disputábase el terreno palmo á palmo, la sangre no se economizaba, los cadáveres se mezclaban amontonados; al soldado mexicano sobró valor, patriotismo y abnegacion.

El dia 8 de Septiembre el invasor sufrió un

rudo golpe en el Molino del Rey: en veinte minutos perdió más de mil hombres, retirándose á Tacubaya en desorden. Si en tan propicio momento el General don Juan Alvarez da la carga que debió dar, la derrota del enemigo hubiera sido completa. Este suceso por su importancia merece explicacion: Alvarez, con cuatro mil caballos, estaba situado en terreno escogido para maniobrar y con instrucciones diminutas; tuvo al enemigo de flanco á tiro de fusil, en desorden; pero como si nada tuviera que hacer, mantúvose espectador mortado en su mula. Los jefes de tan brillante caballeria, en vindicación de su honor comprometido, pidieron: «que un hecho tan escandaloso se juzgara en consejo de generales.» Conoció el error que cometí con haber puesto la caballeria á las órdenes de tan inepto General, y dispuse luego su destitución: las circunstancias no permitieron lo demás.

Otro suceso ocurrió en favor del invasor de no menor importancia el dia anterior, y que sin él no habria podido salvarse: vease original. Siento publicar aquí los nombres de los que aparecen culpables por mi natural repugnancia á zaherir la memoria de los muertos; mas cuando los hechos deben aparecer como ocurrieron, no cabe disfraz alguno. Don Francisco Iturbe, rico propietario de los asilados de Tacubaya, por no contribuir con su peculio á los gastos de la guerra, sabedor

ó no del movimiento del enemigo, dirigió aviso reservado al General don José Maria Tornel, mi cuartel maestro, en el que decia: «No tengo duda que estas fuerzas van á penetrar á esa ciudad por la garita de San Lázaro esta misma noche; se preparan activamente; sirva de gobierno.» No estaba en mi cálculo el movimiento anunciado; sin embargo, no desprecié el aviso. Encargué al General don Antonio Vizcaino vigilase los caminos que se cruzan por el frente de la garita de la Candelaria, ruta indispensable para el enemigo si se dirigia á la de San Lázaro; á la vez previne al General don Ignacio Martinez, Comandante de la Candelaria, que vigilara por su parte y auxiliara al General Vizcaino con cuanto necesitara para el buen desempeño de su encargo.

Como en mi cálculo estaba que la primera operacion del enemigo seria sobre Chapultepec para franquearse el paso á la Capital, tenia resuelto comprometer una accion decisiva en el Molino del Rey, cubierta mi retaguardia por Chapultepec, á cuyo efecto todas mis fuerzas útiles, con sesenta piezas bien servidas, se encontrarían reunidas en aquel punto la madrugada del citado dia 8, resolucion acertadísima como se vió despues de frustrada por el aviso fatal de Iturbe; aviso que pareció meditado para salvar al enemigo; pues debiendo encontrarse con una reunion importante, se encontró no mas con dos brigadas

de infanteaia y una bateria de ocho piezas, por estar las otras de observacion, y en actitud de poder acudir con oportunidad al punto mencionado. En el cambio de la colocacion de las fuerzas entró tambien que yo durmiera en el palacio en lugar de hacerlo en Chapultepec.

Fija la atencion en las garitas de la Candelaria y San Lázaro, presentase el General Vizcaino á las. . . . . de la mañana. . . . . bastante y me dice: «¡mi Generall el ejército invasor está ya enfrente de la Candelaria,» y para dar más validez á su palabra, con dos dedos de su mano derecha abiertos en forma de orquilla y apoyados en ambos ojos añadió «yo los he visto.» Con un parte tan seriamente pronunciado por un oficial General, ¿podria haber alguna duda? Sin vacilacion lo creí y marché al instante en direccion de la Candelaria dictando las órdenes convenientes.

A los lectores dejo contemplar la emocion y el asombro que en mi causaria oír del General Martinez el parte y diálogo siguiente: «Mi General, no tiene ninguna novedad en esta línea de mi mando ¡Cómol al enemigo. . . . . no lo tenemos enfrente! No señor, la descubierta acaba de llegar y nada ha visto en la llanura. Suponiendo á Vizcaino entre la comitiva que me seguia, lo llamo repetidamente en voz alta, y como no me respondia mandé buscarlo: no se encontró por ninguna parte, ni volví á verlo en mi presencia. La misterio-

sa é incomprensible conducta de Vizcaino en aquellos momentos, bien pudo pasar mas por traicion que por error ó engaño de la vista.

En la tarea de buscar á Vizcaino oyose un vivo cañoneo por el rumbo de Chapultepec, y en el momento conocí que era allí el ataque, asi como lo esacto de mi cálculo. En el acto dispuse el movimiento de todas las fuerzas en auxilio del punto atacado, y velozmente marché en la misma division. Por mas que el paso se aligeró llegamos al acabarse la funcion. Las dos brigadas de infanteria mandadas por los bizarros Generales don Antonio Leon y don Francisco Pérez bien situadas en el Molino del Rey, bastaron á detener las columnas enemigas en marcha para Chapultepec, y hacerlas contramarchar abandonando sus muertos. Al caso viene repetir: que si al desorden de las columnas el General Alvarez hace su deber, empleando la division de caballeria que tenia á su mando, las armas mexicanas se cubren de gloria. El proceder inconcebible de Alvarez en esa jornada atrajo sobre si grande responsabilidad. La verdad es una y es preciso decirla. Llegando al Molino del Rey vi con sentimiento las camillas en que conducian al valiente General Leon y al intrépido Coronel Balderas, heridos gravemente. Las dos brigadas tan dignas de todo elogio, sufrieron la pérdida de dos oficiales y ochenta y seis individuos de tropa.

Con la esplicacion que antecede, fácil es conocer que una disposicion providencial no mas libertó al invasor de la derrota. La deduccion es lógica: si cuatro mil infantes atrincherados con ocho cañones fueron suficientes á detenerlo y rechazarlo ¿qué le habria sucedido con doce mil infantes mas, mejor dirigidos y un aumento de cincuenta y dos cañones?

El mencionado golpe del 8 de Septiembre le impuso tanto al General Scott que pensó retirarse á Puebla á reponerse [segun decia] y lo habria efectuado si la junta de Generales con quien consultó no se opone fuertemente. . . . . Permitase que no pase desapercibida la mencion honrosa que de mis operaciones militares hizo esa misma junta al fundar sus miembros los inconvenientes de la retirada en cuestion; honrosa mencion que los convirtió en mis panegiristas sin ser esa su intencion, y la que no estampo en el papel con mi pluma en todas sus partes por modestia. Pero aparecerán las últimas palabras del afamado General Smith, suficientes para dar á conocer el alto concepto que les merecí por mis operaciones, dijo: «si á ese hombre le damos la espalda no llegamos bien á Puebla: no opino por la retirada.» Y no por jactancia ó presuncion doy á conocer los encomios de los enemigos, es para que aparezcan al lado de las producciones del Diputado de la época, don Ramon Gamboa en la mal combinada

acusacion que formuló contra mi en 27 de Agosto de 1847. y que presentó al Congreso de la ciudad de Querétaro en 17 de Noviembre del mismo año, en los dias mas luctuosos de la Patria; ¡acusacion de traicion contra el caudillo único que de un extremo á otro de la República peleaba resuelto, sacrificándolo todo! Si uno los dichos de los invasores, es en propia defensa para que aparezcan al lado de los dicterios del compatriota Gamboa, y puedan asi hacerse con acierto comparaciones entre los primeros que contenian imparcialidad y justicia, asi como en los segundos calumnia, injuria, locura. . . . .

Scott empujado por sus compañeros volvió á la ofensiva; bombardeó á Chapultepec y cuatro dias despues lo atacó como estaba indicado; la toma de esa posicion le fue muy costosa. Los invasores envalentonados con el triunfo avanzaron el mismo dia sobre las garitas de Belem y de San Cosme en las que encontraron vigorosa resistencia, y si la traicion no les ayuda, tarea tenian por algunos dias. Encontrábame en la garita de Belem al llegar á mi en precipitada carrera un Ayudante de la linea de San Cosme y me dice: «mi General, si la garita de San Cosme no es auxiliada prontamente se pierde: mi Comandante pide refuerzo; las fuerzas enemigas son numerosas.» En el acto recomendé al General don Andres Terres la conservacion de la linea de su mando, y parti

para San Cosme con la division de reserva y cinco piezas bomberas. Conseguí rechazar al enemigo y que se retirara precipitado hasta perderse de vista, dejando el suelo regado con sus muertos.

Apenas mis soldados respiraban y otro ayudante procedente de la ciudad se me presenta para participarme que la garita de Belem habia sido abandonada y ocupada por el enemigo. Ecsagerado me pareció este parte, mas no perdí un instante en regresar. Grande fue mi sorpresa al ver una columna enemiga penetrando por el Paseo Nuevo y otra queriendo entrar á la Ciudadela. Una lucha sangrienta comenzó; la puerta de la Ciudadela fué disputada y fueron necesarios esfuerzos supremos para forzar al enemigo á replegarse á la garita de Belem donde se atrincheró. Intenté desalojarlo, y fuí rechazado dos veces.

Ansiaba saber cómo el enemigo habia apoderádose de la garita de Belem: preguntaba por el General Terres, por la guarnicion que habia dejado en ella, y nadie me satisfacía, nadie lo habia visto. . . . Aparece el Teniente Coronel Castro á la cabeza del batallon 2º activo de México, de su mando, y á mi reconvencion por el abandono del puesto, contestó: El General Terres, Comandante de la linea, me mandó que me situara en la plaza mayor y como nada hacia «¡¡ he regresado al oír por aqui tanto fuego. El Co-

ronel Argiuelles que me mandaba los piquetes unidos, interrogado, dijo: «siendo mi deber obedecer fui á la Alame la donde el Jefe de la línea me mandó.» El Coronel Perdigon Garay Comandante del batallón activo de Lagos respondió: «por mandado del jefe de la línea me situé en la ermita de la Piedad, de donde vengo, porque observé que el enemigo entraba á la ciudad.» Los artilleros dijeron: «que el mismo jefe de la línea les ordenó que se trasladaran á la Ciudadela.» Con datos tan positivos y acusaciones tan formidables, era evidente la culpabilidad del General Terres, jefe de la línea de Belem.

Se apoderaron de mi la ira y el despecho al presentármese el General Terres engalanado con el uniforme y las divisas que la generosa nación mexicana le habia concedido y con una desfachatez que aumentó mi coraje; y la sangre refluyó en mi cabeza, de modo que lanzarme sobre él, arrancarle de sus hombros las charreteras y cruzarle la cara con el látigo de mi caballo fue obra de un instante. . . . Acto violento, ageno de mi natural carácter, producido del furor que me dominaba contra el ingrato que tan villanamente habia vendido á mi infeliz patria. Mi disgusto por ese acto lo mitigó la consideración de haber salvado la vida el culpable; porque la traición de esa clase se paga con el patíbulo. Este hombre no nació en el territorio de la República.

Arrostrando con inconvenientes tantos la defensa de la Capital no se interrumpió en día tan laberintoso. A las ocho de la noche dejé el caballo que montaba desde las cuatro de la mañana para presidir una junta de guerra de oficiales generales en la Ciudadela. La situación presentábase grave.

Rendido del cansancio, sin alimento en todo el día, con mis vestidos traspasados por las balas de los invasores y agobiado de pena, tres horas me ocupé con la junta, discuriendo sobre lo que la situación demandaba. Todos los Generales tomaron la palabra alternativamente, todos deplo- raron con amargura el poco ó ningún entusiasmo que por el sosten de la guerra mostraba la generalidad de los pueblos, siendo los soldados, con pocas excepciones, los que no mas llenaban sus deberes, aunque los haberes les faltaban muchos días.

Consideraron inútil apoyar la defensa en los edificios de la ciudad, sin la ayuda del pueblo; á la vez que debia evitarse á la población sacrificios inútiles. Por estas y razones de no menor fundamento, la junta unánime acordó: «que estando el honor de las armas nacionales bien puesto y no siendo posible prolongar por mas tiempo la defensa de la Capital con buen éxito, entregada como habia sido la garita de Belem, y estando en el deber de sus defensores no atraer sobre ella ma-

les innecesarios, acordaban desde luego su desocupacion honrosamente, ejecutándose un cambio de posicion. A cuyo efecto, todas las fuerzas con el material de guerra ecsistente. marcharian á la primera luz del dia siguiente á situarse en la ciudad de Guadalupe Hidalgo; quedando la Capital á cargo del Gobernador político del Distrito, quien procuraria del jefe enemigo las garantias debidas al vecindario pacífico, conforme al derecho de gentes.»

De conformidad con el acuerdo que antecede, libré mis órdenes y todo tuvo el mas exacto cumplimiento.

El ejército invasor disminuido considerablemente, ocupó la Capital. Scott creia ver en mi retirada algun golpe que le asestaba y se mantuvo á la defensiva en el cuadro de la plaza mayor los dias que permanecí en Guadalupe Hidalgo, disponiendo cuanto convenia para la continuacion de la guerra. En medio de los azares no me abandonaba la esperanza de salvar los grandes intereses de la República.

Necesitaba quedar espedito, y en junta de Ministros acordé: que don Manuel de la Peña y Peña, Presidente de la Suprema Corte de Justicia designado por la ley; se encargara del despacho de los negocios, con residencia en la ciudad de Querétaro, durante la guerra. Sin las atenciones

del gobierno me dediqué enteramente á la campaña.

Consecuente con el nuevo plan de operaciones, me dirigí á Puebla, donde ecsistia una guarnicion enemiga de mil doscientos hombres y grandes depósitos del ejército invasor. Apoderarme de todo y cortar la comunicacion de la Capital con el Puerto de Veracruz, era el objeto de la primera operacion. Para abreviar, cerqué la guarnicion estrechamente en sus propios atrinchamientos. Las fuerzas empleadas en esta operacion estuvieron á las órdenes del General don Joaquin Rea, cuyo comportamiento nada dejó que desear.

Por los desertores del enemigo se sabia el descontento de los sitiados y su deseo de capitular. Scott no tenia fuerzas para auxiliarlos y las mias aumentaban; todo presentábase favorable al llegar al cuartel general un parte del Gobernador del Estado de Veracruz del tenor siguiente: «Me apresuro á poner en el conocimiento de U. que han desembarcado cinco mil hombres procedentes de los Estados Unidos, provistos de cuanto han de menester para ponerse en camino al saltar á tierra: no ocultan que su destino es auxiliar á la guarnicion de Puebla. Hoy mismo han marchado.»

La fuerza anunciada doblaba sus marchas en direccion á Puebla. Obligado me vi á salirle

al encuentro con tres mil caballos y seis piezas ligeras, con el designio de detenerla ó nulificarla. Pernoctaba á dos leguas del pueblo de Huamantla y fui sabiendo por los que llegaban huyendo de los invasores, los ecesos que la soldadesca enemiga estaba cometiendo en la poblacion, lo cual me movió á madrugar; y tanto que á las cinco de la mañana pisaba las ¡calles de Huamantla! No encontré al enemigo, una hora antes habia salido. Mis exploradores alcanzaron á ver á once soldados que cebados en el pillaje no acertaron á huir y fueron lanceados.

Siguiendo la huella de la columna enemiga, en tres leguas mis lanceros de vanguardia pusieron fuera de combate á ciento cuarenta y dos invasores, aprovechando el desorden en que caminaban. El General Lanne que mandaba esa fuerza temió á la caballeria, y dispuso hacer alto adelante de la venta de el Pinal y formar un gran cuadro con la multitud de carros que llevaba, para abrigar á su infanteria, la que silenciosa tras sus carros oia despavorida los vivas entusiastas y las dianas de mi caballeria.

El contento se aumentó con la presencia del General don Isidro Reyes participándome la llegada á Huamantla de su brigada con dos piezas de á diez y seis. Todo anunciaba la victoria, ninguno dudaba la derrota de los auxiliares de Puebla al día siguiente. Cuando esto pasaba eran las

cuatro de la tarde del día 29 de Octubre y á las cinco como por encanto, la escena habia cambiado enteramente: el júbilo convirtiase en tristeza y desesperacion. Los decretos de Dios debian cumplirse y se cumplieron.

Ocurrencias hay en estas memorias que han de causar dudas, por lo que tienen de novelescas, asi como otras provocarán ira é indignacion, por lo que encierran de traicion y de maldad. Tal ha de parecer seguramente lo que va á verse á continuacion.

Don Luis de la Rosa, Ministro de Relaciones de Peña y Peña, instalado en Querétaro, me envió por extraordinario la orden que á la letra sigue: «El Escemo Sr. Presidente interino penetrado de ser general el clamor por la paz, ha tenido á bien resolver: que las hostilidades se suspendan inmediatamente por nuestra parte, y que entretanto otra cosa dispone, las tropas del mando de U. quedarán á las órdenes del General de division don Manuel Rincon, pudiéndose retirar al lugar que mejor le acomode, donde recibirá nuevas órdenes. . . .» La lectura de una orden de tan nefanda memoria, apenas creible, al frente del enemigo, causó en mi una emocion de coraje inexplicable: mis mándibulas trabadas me impedían la palabra. El General Reyes que esto observó me preguntaba sorprendido: «¿mi General que sucede?» Pasada la primera impresion pude

hablar, lamenté con amargura la desgracia de mi infeliz Patria, traicionada á cada momento y tan mal servida de algunos de sus hijos, cuando mas necesitaba de su ayuda y lealtad. En fin dije al General Reyes, entregándole el oficio de de la Rosa, lea U. ese papel y se convencerá tambien: que sobre nuestra desventurada Patria parece pesar la maldicion del Eterno. . . . Reyes leyó con avidez y en tono de desesperacion gritó: «Mi General, esto es una traicion, vamos á Querétaro á fusilar á esos traidores.»

La division de caballeria dejó su actitud imponente y marchó para Huamantla con disgusto de todos. A las nueve de la noche, reunidos en mi alojamiento los jefes presentes, fueron instruidos del documento que motivó la retirada, estando al frente del enemigo con tantas esperanzas de triunfo. Con suspiros y palabras de despecho dijeron á una voz: «Esto requiere un castigo ejemplar, mi General, vamos á Querétaro á evitar que se venda la Patria. . . .» Para enterarlos de mi última resolucion despues de tantos desengaños, les hablé en estos términos: «Señores; llamado á encargarme de la defensa del territorio nacional invadido por nuestros injustos enemigos, mis fervorosos y con tantos deseos se han dirigido á que mis débiles servicios fueran útiles á la Patria; vida, honor, familia, intereses, cuanto el hombre tiene de mas estima, consagré al cumplimiento

de aquellos deseos. Y bien se ha visto que con vivo anhelo he improvisado ejércitos y los he conducido de uno á otro extremo de la República, para batir á los invasores sin ocuparme de su número; ¡ojala hubiera terminado mis dias en uno de esos combates! Así no habria visto lo que no esperaba ver: ¡Cuanto egoismo, cuanta defeccion! Quien hubiera pensado que el hombre en quien deposité el poder faltando á la confianza, su primer paso sería suspender las hostilidades y destituirme del mando del ejército. . . . Mis amigos, he perdido hasta la fé que me ha quedado, lo diré de una vez, mis servicios han terminado, y para no presenciar la vergüenza de la Patria, voy á ausentarme. Vosotros atestiguaréis como se me ha arrancado la espada de la mano al frente del enemigo. Dispongo pues, en cumplimiento de lo mandado por el gobierno provisional: que el digno General don Isidro Reyes se encargue de las tropas que están á mi mando; supuesta la ausencia del General designado Don Manuel Rincon, que aun se encuentra en la Capital capitulado desde que entregó el convento de Churubusco. . . . ¡Mis amigos! con el corazon destrozado de tanto sentir y padecer os doy el último adios.» Los jefes conmovidos hasta verter lágrimas algunos, me escucharon silenciosos: todos se esforzaron á persuadirme que desistiera de mi propósito; pero mi resolucion estaba tomada, fue irrevocable.



Absorto contemplaba la ominosa conducta de don Manuel de la Peña y Peña; y deploraba con amargo dolor mi equivocacion . . . pero ¿cómo conocer su intencion y su inteligencia con la faccion que invocaba la paz traidoramente, sin antecedente alguno, y disfrutando ese hombre reputacion de probo y honrado? Sucesos hay que no pueden creerse sin la evidencia.

He aqui mi contestacion al Ministro de la Rosa: «La inesperada disposicion de S. E. el Presidente interino, suspendiendo las hostilidades, es en extremo perjudicial á la nacion bajo todos aspectos; y en cuanto á mi destitucion del mando del ejército, la juzgo escandalosa, arbitraria é ilegal en todas sus partes; mas en la presencia de los invasores el patriotismo aconseja evitar escándalos de que aprovecharse pudiera; y es por esto que le daré cumplimiento á lo mandado. Pero no sin protestar, como desde luego protesto; contra semejante disposicion; dejando á cargo del Presidente interino la inmensa responsabilidad que contrae con su proceder. Y repugnando presenciar la humillacion de la nacion, pido una sola cosa: un pasa-porte para emigrar, que espero recibir en la ciudad de Tehuacan, para donde me dirigiré.»

El General Rea levantó el sitio á la guarnicion enemiga de Puebla, y con las tropas sitiadoras se retiró á Matamoros de Izúcar. La fuerza

ausiliar escapó de la derrota y entró á Puebla. Terminadas mis atenciones me dirigí á Tehuacan escoltado por un escuadron de húsares.

La guerra provocada por el gobierno de los Estados Unidos con tanta injusticia, no habria terminado como terminó, si no se anteponen al patriotismo las insidias de la perfidia. Allá en el desierto que me impuse, consolábame haber hecho cuanto estuvo en mi posibilidad para librar á la Patria de sus enemigos. y con no haber tenido participio directo ni indirecto en el llamado «Tratado de Guadalupe Hidalgo,» de eterna vergüenza y de pesar para todo buen mexicano.